



EL ALMENDARES,

PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓCTICO.

TOMO III.

HABANA: JULIO 1º DE 1853.

ENTREGA X.

MEDITACION.

DIA DE DIFUNTOS.—UNA VISITA AL CEMENTERIO.

Polvo es el mundo: la grandeza nada.
VELEZ HERRERA.



A S seis acaban de sonar en el reloj del Monserate.

Mi alma, sin saber porqué, estaba triste, conturbada: mi corazón devorado por amargos recuerdos.

Gran inquietud notaba en mi naturaleza, grandísimo pesar atormentaba mi espíritu.

Los nacientes rayos del sol habían penetrado en mi habitación. Su claridad me pareció pálida, falta de ese brillo, de ese calor santo, benéfico, prodigioso, que alienta al universo.

Un círculo de ideas embargó mi cerebro. Sin cesar cruzaban por mi mente, cual ligeros relámpagos, las imágenes de algunos seres privilegiados que inundaron de luz el mundo, y dieron días de gloria á la sociedad. Poseído de

amarga tristeza, abandoné mi morada, y me encaminé al cementerio.

Las calles estaban solitarias: el espacio que media entre la casa de Beneficencia y el hospital de San Lázaro, aparecía á mis ojos imponente, conturbados. Las olas del mar, impelidas por el ligero airecillo de la mañana, se deslizaban suavemente sobre los duros arrecifes de la costa, oyéndose un murmullo triste, que penetrando en el corazón, parecía como indicarnos la inestabilidad de las cosas terrenas y la omnipotencia del Criador.

Varias personas discurrían por aquel sombrío lugar.

El tétrico clamor de las campanas hería los oídos: una sola idea dominaba mi cerebro; la idea de la muerte!.....

Sin saber porqué, comencé á temblar; empero, aceleré la marcha y penetré en el cementerio, después de haber contemplado la fachada de San Dionisio.

¡San Dionisio y el cementerio!!.... Ah! la muerte física y la muerte moral!.... Aquí reposan las cenizas de los que fueron: allí tienen su estancia los infelices dementes, cuyos dolores y penalidades, cuya situación desgarradora es mil veces peor que la misma muerte.

La menuda grama que cubre el terreno destinado para los enterramientos, me pareció seca, estéril, marchitada. Grandes fosas yacían preparadas á lo largo del pavimento, y nichos, y bóvedas, y cráneos, y osamentas se advertían por todas partes.

No sé lo que pasó por mí en aquella hora. Mis sentidos se conturbaron, mis potencias estaban casi adormecidas, mi cuerpo todo bajo la influencia de un éxtasis difícil de explicar.

Los graves y pausados acordes de una música me sacaron de aquel arrobamiento. Levantado en la capilla modesto túmulo, ardían en él diferentes cirios, cuya luz iluminaba algún tanto las fúnebres pinturas y sagradas inscripciones que decoran sus reducidas paredes. El sacerdote inmolaba la víctima santa de propiciación, y ofrecía perfumado incienso ante el ara sacrosanta en holocausto de la Divinidad.

Algun tiempo perseveré sobrecojido ante aquel luctuoso cuadro: entregado en brazos de la religión, doblé ambas rodillas, invoqué la divina gracia, y alcé el corazón al cielo en sufragio de los difuntos.

Cumplí con aquel deber, y pasé á visitar los sepulcros.

Fuerte frío helaba mis venas: una de las bóvedas mas inmediatas hirió mi vista. Un ser invisible me arrastró tras sí, hasta dejarme situado en el blanco mármol que cerraba su entrada. Amargo pesar se apoderó de mi alma: colocado á su borde creí distinguir una luz hermosa que salía como del fondo de la sepultura, y oí como una armonía celestial, acompañada de melodiosas voces. Era este el sepulcro de *Espada*, del ilustre pastor, del varón esclarecido, del padre de los pobres, que apacentó dignamente su rebaño, y causó la admiración del mundo, por su virtud evangélica, por su edificante caridad, por su ardiente celo en bien de las artes, de las ciencias, del progreso y de la civilización.... Imaginábame descubrir su veneranda cabeza, iluminada con el resplandor de la gloria, ornada con la palma de la inmortalidad! ¡*Espada*! exclamé con respetuosa voz, tus hijos aun te aman, aun te lloran, aun te veneran!.... Tu memoria permanece en ellos, tan viva y pura como vivos y puros son los rayos del sol: tus palabras están grabadas en sus corazones, y ardientes lágrimas humedecen sus mejillas en testimonio del pesar que los abruma.

Coloqué una corona de siemprevivas en el sepulcro de *Espada*, y me dirigí á otro que también era de mármol blanco.

Largo rato perseveré entregado á infinitas reflexiones.

La losa estaba cubierta de menudas gotas de rocío brillantes como el granizo.

Era la tumba de *Ramírez*.

Un relámpago ofuscó mis ojos: juzgaba tener delante la imagen de aquel honrado funcionario, que se consagró siempre al bien de sus semejantes y mereció distinguido aprecio por sus virtudes cívicas, por su amor á la humanidad, por su precoz ingenio, por su rigidez de principios y acrisolado proceder.

Modulé una plegaria por el alma de *Ramírez*, y seguí en dirección de los nichos.

La gratitud, el amor y reconocimiento eran los agentes que guiaban mis pasos. En alas de ese mismo amor continué adelante hasta enfrentar con el que guarda los restos del mas virtuoso de los ancianos, del nunca olvidado *Donoso*.....

¡Oh, qué oprimido sentí el corazón! ¡cuántos recuerdos conmovieron mi alma!

Turbado fijé la vista en el firmamento, y creí verle inmediato á Dios, conduciendo la inmarcesible corona de la gloria, y rodeado de los numerosos indijentes que encontraron siempre en su ardiente caridad el bálsamo prodigioso que mitigara la devorante ansiedad del espíritu en las azarosas horas del infortunio. Me pareció percibir de nuevo sus edificantes consejos, sus piadosas doctrinas, y que, alegre y maravillado, elevaba sus sagradas manos para bendecir á sus feligreses.

Besé el helado mármol: trémulo me retiré de este sepulcro para continuar por la estensa banqueta de los nichos.

Llevaba en la imaginación un mundo de recuerdos!

Allí mismo, cual si exprofeso me colocáran, después de buscar ese sitio, lei sobre una losa este sencillo recuerdo, *Nicolás Manuel Escovedo*.... Ah! dije entristecido. A orillas del Sena exhalaste tu último suspiro, y este suspiro fué para tu querida Cuba, donde quisiste se trajesen tus restos perecederos. Aquí, en tu sepulcro, se levantó la voz doliente de la amistad, y uno de tus compatriotas, con su profundo saber, con su dolor profundo, preconizó tus eminentes cualidades, como abogado, como profesor de la ciencia previsor de las riquezas de las naciones; y todos lo oyeron, y todos te consagraron ardientes lágrimas, ilustre y venerable *Escovedo*: yo también las consagro á tu respetable memoria.

Seguí adelante, y muy cerca de esta tumba encontré otra que no es posible contemplar sin tributar inmensos recuerdos al distinguido jurisconsulto cuyo nombre dice la inscripción. Una juventud numerosa le llora, el génio de las ciencias parece inclinar allí su melancólica frente, la rectitud y la integridad se agrupan

tambien en torno de este sepulcro.—José Agustín Govantes, abogado esclarecido, magistrado íntegro, maestro querido de la juventud cubana, amante hijo, ilustrado patricio... Paz á tu alma!

Dominado de religiosos pensamientos, abatido el espíritu en la contemplación de tantos y tan carísimos recuerdos, alejado del mundanal tropel que antes me rodeaba, y teniendo á la vista despojos mortales de los que fueron, Dios y la eternidad me hablaban por ellos, y en ellos veía esa nada de la vida que tanto enorgullece al hombre, y que, creyéndose imperecedero por su orgullo y sus pasiones, cuando las Santas Escrituras consignan que *pasa en imagen sobre la tierra*, tenía allí ante mis ojos elocuentes pruebas de esta verdad en los mismos restos del hombre que, triste y taciturno, contemplaba.

El hombre es nada, decía; en su nada pensaba, y sin advertirlo, me encontré con otro sepulcro, en cuya negra lápida leí *Tomás Romay*.... Ah! dijimos, el hombre es nada, porque nace hoy para morir al siguiente día.... el hombre es imagen de Dios, y la imagen de Dios no puede ser nada sobre la tierra. La sabiduría se atesora en su cerebro, la piedad en su alma, el amor á la humanidad en su corazón, y entonces, ese hombre es bueno, sábio virtuoso, humanitario, y su tránsito por el mundo es el tránsito de la Providencia por la tierra. Cesará su vida, pero nunca se extinguirán ni sus obras ni la memoria de sus insignes virtudes. Tal fuiste tú, sábio y venerable *Romay*, tus años, tu experiencia, tu saber, tu constancia para Cuba y para las ciencias tam-

bien, y Cuba y las ciencias te lloran, te lloran y bendicen, y nuestros hijos tambien te darán sus lágrimas y bendiciones.

Entregado á estas reflexiones, estendí las miradas á todos los ángulos del cementerio, y mil lápidas, mil epitafios, mil inscripciones se ofrecieron á mis ojos. Innumerables personas recorrían sus estensos tramos, y en todas advertía el amargo sentimiento que asediaba su espíritu: aquí un anciano y cuatro niños vestidos de luto; allí una jóven de mirar triste y paso trémulo, que coloca una siempreviva en la tumba del que fué su mas tierno amante, mas allá una madre que llora sobre el sepulcro de su adorado hijo, y cerca de esta un hijo que pone coronas, y flores, y guirnaldas en el de su buena madre.

No existe un solo sitio que no esté invadido por los fieles: todos están tristes, todos gimen, y lloran, y piden al Eterno paz y gloria para los difuntos, consuelo y gracia para los vivos.

Hombres, mugeres y niños de todas clases, de todas condiciones, discurren por su tétrico recinto.

El cementerio parece un pueblo: por dó quier se perciben cráneos y otros fragmentos humanos que revelan al hombre el tristísimo fin que le espera.

Al contemplar aquel conjunto desgarrador, recordé la sociedad, recordé las glorias del mundo, el bullicio del pueblo, las intrigas, las calumnias, el orgullo, la soberbia y depravacion de muchos, y dije: "Polvo es el mundo, la grandeza nada!"

M. P. Delgado.

A MARIA.

En el centro de ese valle
Que entre palmas se divisa,
Donde es mas grata la brisa
Y menos ardiente el sol,
Tiene para tí, *Maria*,
Tu invariable y fiel *cubano*
Una habitacion de guano,
Que te ofrece con su amor.

Lujosos muebles no tengo,
Ni trajes, ni pedrería,
Foco en donde la falsía,
Hierva con la ostentacion,
Solo, sí, podré brindarte
Rústicos muebles de pino,
Y hallarás mejor destino
Lejos de la corrupcion.

Allí con la grata calma
Del campo y de sus verdores,
Aspirando de las flores
Su ambiente en la soledad,
Gozaremos, amor mio,
Mejores prosperidades,
Sin herirnos las maldades
De la opulenta ciudad.

Porque has de saber, *Maria*,
Que allí do el lujo se encuentra,
La maldad se reconcentra,
Muchas veces con furor,

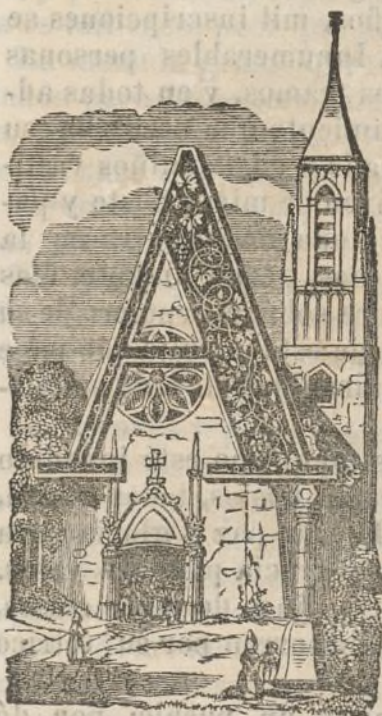
Y al contrario en nuestro asilo
Solo se hallará llaneza,
Mas brillará la grandeza
De las leyes del honor.

Con cuanto placer, mi cielo,
Al romper la luz el día
Oiremos con alegría,
De las aves el cantar:
Y por la hermosa pradera.
Con el fresco matutino,
Por el trillado camino
Iremos á pasear.

Ven que te espero, bien mio,
Aquí al pié de la colina
Bajo secular encina
En las manos el laud:
Yo en sencillas cantinelas
Ensalzaré con ternura
Lo bello de tu hermosura
Lo santo de tu virtud.

Lujosos muebles no tengo,
Ni trajes, ni pedrería,
Foco en donde la falsía,
Hierva con la ostentacion,
Solo, sí, podré brindarte
Rústicos muebles de pino,
Y hallarás mejor destino
Lejos de la corrupcion.—A. Mariscal.

IMITACION DE UNA GACELA PERSA. (*)



M A D A mia: mi alma está llena de ti.

Tú eres una imagen, y yo la urna que la guarda cuidadosa.

Mi corazón es el santuario donde se quema el incienso que sube en tu alabanza.

Tú vives en mí: dentro de mi pecho está tu altar.

Mis ojos no ven mas que a tí sobre la redondez de la tierra.

Mi boca no se abre sino para ensalzarte y pronunciar tu nombre.

El aire que respiro está lleno de tu perfume.

La luz que anuncia la claridad del día es menos bella que la que nace de tus pupilas seductoras.

El aliento embalsamado de la rosa es tu aliento.

Las aves pretenden con sus cantos imitar la dulzura de tu voz; pero tú las vences en dulzura cuando hablas.

La palma no es mas esbelta que tu talle.

Si la tórtola se queja, eres tú que suspiras.

Si el viento ajita suavemente las flores, eres tú que corres alegre y risueña por el campo.

Los suaves tintes de la Aurora son menos hermosos que el color de tus mejillas.

La azucena y el jazmin me hablan de la blancura de tu tez.

La naturaleza toda está llena de tí.

Yo paso mi vida contemplando la naturaleza.

Por eso vives en mí; la naturaleza eres tú.

Cuando el arroyo se desliza rápidamente ante mis ojos, eres tú que me huyes.

Cuando el céfiro trae á mis labios una hoja de rosa que roba á su paso por el jardín, me parece que es un beso delicioso que tú me envías.

Si voy por el campo y las ramas me detienen y los bejucos se enredan por mi cuerpo, eres tú que me abrazas cariñosa.

Yo no sé porque pienso que me amas; pero esto creo, y por eso te amo yo también.

Hay un espíritu invisible por los aires

que me parece cuida de llevar á tus oídos el eco de mis palabras.

Por eso yo siempre estoy diciendo al aire que te adoro; porque creo que tú me escuchas.

Mi corazón también me habla de tu ternura, y una sola mirada tuya basta á asegurarme que yo soy el elegido de tu corazón.

Cuando alguno se acerca á tu lado y procura robarme tu cariño, no creas que me impacienta. Yo sé que tú le miras como un nubarrón que pretende empañar el cielo despejado de nuestra dicha; por eso el aire de tu desprecio le hará pasar en breve. Entonces brillarás tan hermosa como la luna cuando se ostenta sola sobre la atmósfera despejada.

Aquí estoy yo, amada mia, que gozo de tu presencia.



Duermes?—Yo vigilo tu sueño.

Despiertas?—Yo doy gracias á Dios porque te vuelve á la vida y me concede el placer de estasiarme otra vez en la luz de tus ojos.

Donde quiera que estés, mi pensamiento te acompaña.

No importa que no me veas. Tu corazón es quien debe anunciarte mi presencia.

Si tu corazón nada te dice, eso es que no me amas.

Si tú no me amases yo moriría de tristeza.

Pero tú no quieres que yo muera; porque sabes que no vivo sino por tí.

Por eso tú me amas ¿no es cierto? Porque tú me amas, yo te adoro.

He aquí porque mi corazón es tu altar, mi pecho el santuario donde se quema el incienso que sube al cielo en tu alabanza, y las armonías que en él se escuchan los cantos que tú me inspiras y brotan de mi lira, que á tí sola consagra sus sonidos.

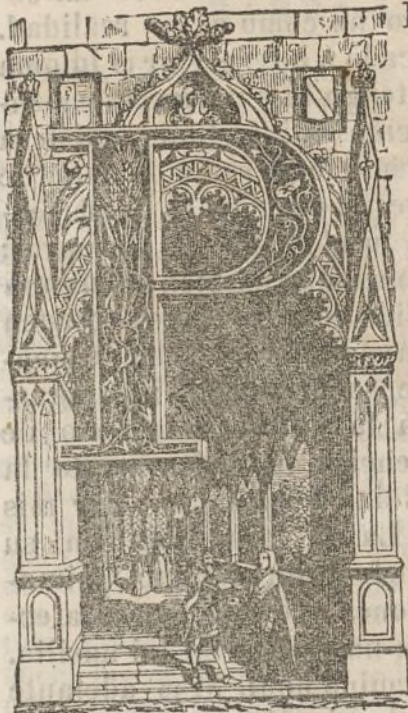
I. de Estrada y Zenea.

(*) Esta Gacela creemos que es del célebre Ferducci.

RECUERDOS.

En este lugar solitario yace tal vez un corazón que fué animado de la llama celestial: aquí tal vez están sepultadas manos que fueron dignas de llevar un cetro ó de despertar las sublimes armonías de la lira.

TOMAS GRAY.



ERMITA, bella Dolores, que al deslizar por primera vez mi pluma sobre las blancas hojas del ameno y simpático **ALMENDARES**, te dirija desde su centro, un recuerdo de sincera amistad. Tal vez te causará asombro que, haciendo traición á la confianza que en mí depositaras, me atreva á conversar contigo ante el tropel de ninfas, que llenas de ardor y entusiasmo, van á

aspirar el perfume embriagador y penetrante del ramillete que brindan los ingenios de Cuba; pero qué quieres, érame preciso proceder de esta manera para lograr la realización de un deseo que há tiempo abrigo en el alma. Empero, como yo te hiciera un juramento, y este es sagrado entre los que profesan la sublime religion cristiana, fuerza es cumplirlo. ¿No recuerdas, dí, la apacible tarde del veinte y dos de Enero, en que sentados al pie del hermoso granado de Turquía, que tan esmeradamente cultivas, moviste tus purpúreos labios para hablar de poesía, y luego me entregaste para su lectura, entre otras, tu bellísima composicion "A María?" Pues bien: ¿cuáles fueron la censura y razones que espuse, á pesar de mi escasa inteligencia y poca aptitud para juzgar de las bellezas del divino language de las musas? ¿Tú tienes feliz memoria, y nada habrás olvidado de cuanto allí conversamos. Mas, si tal hubiese acontecido, ¿sería lo mismo en cuanto á aquella tertulia en que yo te descubriera y todos te alentaron para avanzar por esa senda de rosas y diamelas?

Hé aquí que torno de nuevo á suplicarte, aunque te ofenda mi osadía, por otra parte laudable: no arrojes al olvido los dulcísimos versos que en horas de solaz te cautivan y recrean, siendo motivo, como acabo de iniciar, para que mas de un amigo, competente juez del mérito de ellos, no haya vacilado en regalarte el epíteto halagador de *poetisa*.

Hoy, que este mimado Benjamin de los periódicos, segun la feliz ocurrencia de un escritor, acoje con agrado cuantas composiciones merezcan la publicidad, ¿serías tan inflexible que aun te mantuvieras en espresarte con aquellas palabras que nunca he olvidado y quiero recordarte? "Nunca lo alcanzará usted, pues no tienen mérito alguno?" Atiende, Dolores, la voz de tu mejor amigo. Observa las lindas composiciones de muchas de nuestras paisanas que salen á luz y obtienen la aprobacion de cuantos las leen. Dime, ¿qué elogios prodigar á esas bellas criaturas que, desdeñando los murmullos de la ignorancia, simbolizan al papel sus pensamientos, conversando con las fuentes y las flores, mezclando á su fragancia el dulce y armonioso timbre de su voz? Las que adornadas de purísimas virtudes no dudan en dar al viento las melodiosas y sentimentales canciones, espejos fieles de sus candidas almas, canciones que brotan desde lo íntimo del corazón, y que mas de un trovador escucha con placer, merecen el parabien de toda persona amante de las letras por la instruccion, sensibilidad y esquisito gusto que revelan para el cultivo de la santa y noble poesia.

Torna tu vista á la Iberia. Una muger, en cuyas sienes descansa una corona de laurel y siempreviva, te enseñará el camino de la gloria. Tú posees las obras de esa hija de los trópicos, y frecuentes ocasiones, empapada en su lectura, te has adormecido y transportado al pais de los querubines. Adornan las paredes de tu estancia los retratos de la célebre Gertrudis, de Carolina, Byron, Lamartine, el melancólico Young y los de otros muchos que te brindan torrentes de armonía, modelos que imitar. Mas volvamos á este pedazo ardiente de los trópicos, y á orillas del Almendares oiremos sabrosas cantinelas de vírgenes prestadas á la tierra. Deja que, aéreas y venturosas, resbalen sus menudas plantas por las fantásticas y embriagadoras regiones de esa altura, en alas de sus genios; y que, vagando sus hermosos ojos por el cielo de la patria, platiquen con Dios y con los ángeles. No desatienden ellas sus quehaceres domésticos, como algun enemigo de lo bello hase atrevido á pronunciar. Solo despues de haberlos cumplido, y cuando una dulce melancolia, una vaguedad del espíritu vienen á unirse al placer de haber llenado su mision, vibran las cuerdas de su sentida lira

y derraman torrentes de armonía. Bien es verdad que hay sentimientos que no pueden revelarse y únicamente deben ser leídos por la misma criatura que los trazara. Yo no lo niego. ¿Pero, por qué privar á tus hermanas de los suaves y acompasados sonos de un instrumento que solo resuena en el florido recinto del hogar doméstico, cuando no espresan ideas que debes ocultar? Acaso, no amas á tu Cuba? Pero, ¿qué he pronunciado! perdona, mi modesta amiga, semejante ofensa.

No sé de qué modo convencerte, persuadirte, de lo mal que haces con tu culpable silencio. La modestia es una de las cualidades que mas realzan al que da á luz las concepciones de su inteligencia, pero tambien es cierto que una modestia escesiva oscurece el mérito. Tú eres instruida y virtuosa, tú sabes cumplir con los sagrados deberes de madre tierna y amorosa, y, para ahuyentar la perversa ociosidad, concibes y guardas en tu libro de recuerdos un manantial de pensamientos de ángel. ¿Qué mas pudiera faltar á tu felicidad que la risueña convicción de ser un motivo de elogio, principalmente de aquellos que tuvieron la dicha de nacer bajo este mismo cielo de colores, paraíso de Occidente? Serías tan ingrata con ella que ni aun siquiera la cantes? Oh! no, imposible! Tú la adoras y eres sensible á sus encantos, á su gloria é infortunios. Tú elevarás tu vuelo, y al llegar á los piés del azulado alcázar con tu dorada lira entre tus manos, la consagrarás, como hija obediente y cariñosa, las mas esquisitas canciones de amor y gratitud. Si la infernal envidia te acosara, ó alguno de esos seres que por desgracia nunca faltan apestase contra tu pecho los dardos malditos de una crítica necia y miserable, óyeme, dulce amiga, desprécialo y sigue tu camino, que ellos tan solo detienen á las almas apocadas. No pierdes esa bóveda estrellada sus colores de inocencia porque un escuadron de pardas nubes se interponga, antes bien aparece mas radiante de hermosura tan pronto como un viento protector las rechaza hácia lo lejos.

Mas, si diese la desgracia que alguna vez, crueles, hiriesen las delicadas fibras de tu alma, no te apesares, no; revístete de valor y dedícale una fábula, un epigrama. Hay criaturas bondadosas y sensibles, á quienes la mas

mínima cosa las abate; semejantes á la púdica y misteriosa sensitiva que á cualquier impresion recoge sus hojuelas, languidece.

Tú eres una de esas que de tarde en tarde aparecen en esta triste peregrinacion sin que puedan concebir apenas que la maldad se abriga en el corazon de los hombres. Todo lo ves al través de un prisma de bellisimos colores. Ah! cuánto te engañas! Ves al mundo tal como debiera ser, pero no como es en realidad. Yo, que me he dedicado á interpretar el idioma de las pasiones, y tengo la amarga experiencia que me ha ofrecido el infortunio, quisiera darte consejos que contribuyeran á apartar de tu vista, algunas veces, ese cuadro de perfeccion moral que en tu idealismo te formarás; pintarte varias escenas, que, si bien repugnan á un corazon cándido como el tuyo, ecsisten realmente. Veces hay, amiga mia, en que pienso como tú, y ricos ensueños vienen á halagarme, aun en medio á la vigilia, colorando de oro y rosa mis creencias, mas bien presto la amarga y triste realidad troncha en flor mis risueñas ilusiones. La traidora duda con su rudo empuje me impele á mirar como quimeras las dulces afecciones que embellecen la existencia, si la razon no viniese en mi auxilio. Pero es necesario termine aquí. Mas adelante continuaré esta confidencia. Entretanto, te ruego encarecidamente acojas mi súplica como nacida de un leal corazon, que há tiempo palpita al influjo de la amistad mas pura, noble y verdadera, y siempre se complace en elogiar las delicadas concepciones de esa preciosa mitad á quien tanto debemos, y á quien parece es llegada la felice y esplendente aurora, en que pueda probar á la imbécil ignorancia cuanto puede brindar su imaginacion, cuando el vivificante sol de la educacion lanza sus rayos al rededor de sus cabezas. ¡Quiera Dios no tenga que reproducir las palabras del bardo de Inglaterra al meditar sobre la sagrada tierra de un cementerio: "Cuántas piedras preciosas y de la brillantez mas pura se quedan perdidas en los golfos del Occéano, y cuántas hermosas flores se entreabren, viven y marchitan sin ser vistas, prodigando sus perfumes á las brisas del desierto."

J. M. Morado.



SECCION PARA LOS NIÑOS.

CUENTOS DE CARLOS PERRAULT.

(TRADUCIDOS DEL FRANCES.)

CUENTO SESTO.

BARBA-AZUL.

Había en cierta ocasion un hombre que tenía casas magníficas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles tallados y carruages dorados. Pero por desgracia este hombre tenía la barba azul; esto le hacia tan feo y tan terrible que no había muger ni doncella que no huyese de él. Una de sus vecinas, señora principal, tenía dos hijas sumamente lindas. El le pidió una en matrimonio, dejándola la eleccion de la que le quisiese dar; pero ninguna de las dos le quería, y ambas le rechazaban, no pudiendo resolverse á admitir un hombre que tenía la barba azul. Lo que mas las disgustaba aun, era que había tenido ya varias mugeres y no se sabía de ellas.

Barba-azul, para entablar relaciones, las llevó con su madre, tres ó cuatro de sus mas íntimas amigas y algunos jóvenes vecinos, á una de sus casas de campo, donde estuvieron ocho dias. Allí todo era paseos, partidas de caza y pesca, bailes, festines y meriendas; no dormían, y pasaban toda la noche bromeando: en fin todo iba tan bien que la mas pequeña se figuró que el dueño de la casa no tenía la barba tan azul, y que era un hombre de bien.

De vuelta á la ciudad se efectuó el matrimonio.

Al cabo de un mes, Barba-azul dijo á su muger que se veía precisado á hacer un viaje á provincias, de seis semanas al menos, por un asunto de interés; que desearía se divirtiese durante su ausencia; que hiciese venir á sus amigas y las llevase al campo si quería; por último, que se diese buena vida.

—He aquí, la dijo, las llaves de los dos grandes guarda-muebles, la de la vajilla de oro y de plata que no sirve todos los dias, las de las arcas donde tengo el oro y plata, la de las cajas donde estan mis alhajas, y, en fin, las llaves de todas las habitaciones. En cuanto á esta llavecita, es la del gabinete que hay á la estremidad de la galería grande del piso bajo: abrid todo, id por todas partes; pero os prohibo entrar en este gabinete, y os lo prohibo de tal modo que, si llegais á entrar, no hay nada que no debais esperar de mi cólera. Ella prometió cumplir exactamente todo lo que la acababa de mandar, y despues de haberla abrazado, subió en su carruaje y partió. Las vecinas y amigas no aguardaron que las fuesen á buscar para ir á casa de la joven esposa; tanta era la impaciencia que tenían de ver todas las riquezas de su casa, no habiéndose atrevido á ir mientras estaba el marido, á causa del miedo que les inspiraba Barba-azul. Hélas ya recorriendo los cuartos, gabinetes y guarda-ropas, todos á cual mas bonitos. Subieron en seguida al guarda-muebles, donde no se cansaban de admirar el número y belleza de los tapices, de las camas, sofás, papeleras, veladores, mesas y espejos de cuerpo entero, y cuyos adornos unos de cristal y otros de plata sobredorada, eran los mas bonitos y magníficos que se habían visto, no cesando de envidiar la dicha de su amiga, que, sin embargo, no se divertía en ver todas estas riquezas, por la impaciencia que tenía de ir á abrir el

gabinete del piso bajo. Era tanta su curiosidad, que, sin considerar que era mal visto dejar á los que la acompañaban, bajó por una escalera secreta, y con tanta precipitacion, que pensó estrellarse dos ó tres veces. Al llegar á la puerta se detuvo, pensando en la prohibicion que la había hecho su marido, y considerando que podía sobrevenirle alguna desgracia por haber sido desobediente; pero la tentacion era tan grande, que no pudo vencerla; tomó pues la llavecita, y abrió, temblando, la puerta del gabinete. Al principio nada vió, porque estaban cerradas las ventanas; pocos momentos despues empezó á ver que el suelo estaba todo cubierto de sangre cuajada, en la que se veían los cuerpos de dos mugeres muertas y arrimadas á lo largo del muro; estas eran las mugeres que había tenido Barba-azul, y que había degollado una tras otra. Creyó morir de miedo, y se le cayó de la mano la llave del gabinete, que acababa de sacar de la cerradura. Despues de vuelta un poco en sí, recogió la llave, cerró la puerta, y subió á su cuarto para reponerse un poco; pero estaba tan conmovida que no lo podía conseguir. Habiendo notado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la limpió dos ó tres veces, pero la sangre no se quitaba; y por mas que la lavaba y la frotaba con greda y arena, siempre quedaba la sangre, porque la llave estaba encantada y no había remedio de quitarla del todo, pues aunque se quitase la sangre por un lado volvía, á aparecer por otro. Barba-azul volvió de su viaje la misma tarde, diciendo que en el camino había recibido cartas que le noticiaban que el asunto que había motivado su partida, acababa de terminarse en su favor. Su muger hizo todo lo que pudo por mostrarle lo contenta que estaba por su pronto regreso. Al dia siguiente la pidió las llaves y ella se las dió, pero con una mano tan trémula, que él adivinó sin trabajo todo lo que había pasado. —Cómo es, la dijo, que la llave del gabinete no está con las demas?

—Sin duda, dijo ella, me la habré dejado olvidada encima de mi mesa.

—No dejeis, dijo Barba-azul, de dármela al instante.

Despues de alguna dilacion fué necesario llevar la llave. Habiéndola examinado Barba-azul, dijo á su muger: —¿por qué hay sangre en esta llave?

—No sé nada, respondió la pobre muger, mas pálida que la muerte.

—¿No sabeis nada! repuso Barba-azul: yo sí lo sé. ¿Habeis querido entrar en el gabinete? Pues bien, señora, entrareis, é ireis á ocupar un puesto entre las que habeis visto allí.

Se echó á los piés de su marido, llorando y pidiéndole perdon con muestras de verdadero arrepentimiento de no haber sido obediente. Hubiera ella enternecido á una roca, bella y afligida como estaba; pero Barba-azul tenía un corazon mas duro que una roca, y dijo: es menester morir, señora, y al instante.

—Pues que es preciso morir, respondió ella mirándole con los ojos bañados en lágrimas, concededme un poco de tiempo para rogar á Dios.

—Os doy medio cuarto de hora, repuso Barba-azul, pero nada mas. Cuando se vió sola, llamó á su hermana y la dijo: —Hermana Ana, pues se llama

maba así, sube, te lo ruego, á lo alto de la torre á ver si vienen mis hermanos, pues me han prometido que vendrían hoy, y, si les ves, hazles señal de que se apresuren. La hermana Ana subió á lo alto de la torre, y la pobre afligida le gritaba de cuando en cuando:

—Ana, hermana mia, ¿no ves venir á nadie? Y la hermana Ana la respondía:—No veo mas que el sol que abrasa y la yerba que verdeguea.—Entre tanto Barba-azul, con un gran cuchillo en la mano, gritaba con todas sus fuerzas:—Baja pronto ó subo.

—Un momento aun, si quereis, respondió la muger, y por lo bajo decía:—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie? Y la hermana Ana respondía:—No veo mas que el sol que abrasa y la yerba que verdeguea.

—Baja pronto, gritaba Barba-azul, ó subo yo.

—Ya voy, respondió la muger, y despues decía:—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie?—Veo, contestó la hermana Ana, una gran polvareda que se aproxima.

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay! no, hermana mia; veo una manada de carneros.

—¿No quieres bajar? gritaba Barba-azul.

—Un instante aun, respondía su muger, y despues decía:

—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie?

—Veo, contestó esta, dos caballeros que vienen hácia aquí, pero aun están bien lejos.—¡Alabado sea Dios! gritó ella un momento despues; son mis hermanos.

—Ya les hago señas como puedo de que se apresuren.

Barba-azul se puso á gritar tan fuerte, que toda la casa tembló. La pobre muger bajó y fué á echarse á sus piés, toda llorosa y desgredada.—Eso no sirve de nada, dijo Barba-azul, es preciso morir; en seguida cogiéndola con una mano por los cabellos, y levantando con la otra el cuchillo, iba á cortarle la cabeza. La pobre muger, volviéndose á él, y mirándole con ojos moribundos, le pidió un momento para recogerse.

—No, no, encomiéndate bien á Dios, y levantando su brazo... en este momento llamaron tan fuerte á la puerta que Barba-azul se detuvo: abrieron, y al punto se vió entrar á dos caballeros que, espada en mano, se dirigieron á Barba-azul. El reconoció á los hermanos de su muger, el uno dragon y el otro mosquetero, de suerte que al instante huyó para salvarse; pero los dos hermanos le persiguieron tan de cerca, que le cogieron antes que pudiese ganar la puerta, y, atravesándole el cuerpo con la espada, le dejaron muerto. La pobre muger estaba

casi tan muerta como su marido, no teniendo fuerzas para levantarse á abrazar á sus hermanos.

Como Barba-azul no tenía herederos, quedó su muger dueña de todos sus bienes, de los que una parte empleó en casar á su hermana Ana con un jóven gentil-hombre que la amaba hacía largo tiempo; otra, en comprar á sus dos hermanos los empleos de capitán, y el resto en casarse ella misma con un hombre muy honrado, que la hizo olvidar el mal rato que había pasado con Barba-azul.

MORALEJA.

¡Oh, cuánto es tentador el dulce encanto
De la curiosidad engañadora!
Mas, ¡ay! que la traidora
Tantas veces tambien nos cuesta tanto!
Ejemplos cada dia,
Tendremos á porfia
De esta verdad. Que en nada
Nuestro decir ofenda al sexo hermoso,
Pero es cierto un placer bien veleidoso,
Porque, apenas gustada,
Su dulzura es perdida,
Y dolor deja siempre en la partida.

OTRA MORALEJA.

Por dos dedos de frente
Y un cuarto de meollo
Que en este mundo pícaro
Le toque á cualquier prójimo,
Y entienda cuatro cosas
De su continuo embrollo,
Verá que la historieta,
(Sino que sea un gran tonto),
De tiempos que pasaron
Ha mucho, un cuento es solo;
Pues ya ahora en los nuestros
No se hallará un esposo,
Por mucho que lo busquen,
Tan fiero como el otro;
Ni que pida imposibles,
Porque tal fué su antojo.
Por descontentadizo
Que sea y por celoso,
Si está con su pareja,
Veréisle tan juicioso,
Tan bueno y tan amable,
Que haga dudar á todos,
A pesar de las barbas,
Del bigote y del moño,
Si entre los dos el amo
Es el uno ó el otro.

A NATALIA.

¡Muger, muger, oh! misteriosa fada!

Tus ojos fijos en mi faz estén,

Y con tu hechizo y tu feliz mirada

Dulce esperanza al porvenir sosten!

Que yo te adoro, y la abrasante llama

Del fuego de tu amor quema mi frente,

Y mas y mas este volcan se inflama

Con tu risa de arcángel inocente.

De mi eterna pasion el fuego santo

Yo te consagro, angelical criatura,

Y de mi lira entusiasmada el canto

Entre los pliegues de la brisa pura.

Tú cual la palma que gentil cimbreas

En las praderas de mi Cuba hermosa,

Cual las visiones que mi mente crea

Eres imágen sin igual preciosa.

Tu voz semeja el murmurar del rio;

El trinar de los dulces ruiseñores;

Tu aliento el áura que sopló en estío

Sobre las blancas perfumadas flores.

Tú eres la luz de la radiante estrella

Que en noche de tormenta brilla pura,

Prestando alivio á la infeliz querella

Del naufragio perdido en su amargura.

Tú eres, en fin, del ser Omnipotente

De amor y de ventura fiel destello,

Por eso, hermosa, en mi abrasada mente

Te he comparado con lo grande y bello.

F. F. de Arias.

EDUCACION.

EL MATRIMONIO.



El matrimonio es el estado social de la muger. La educacion, las costumbres, las preocupaciones tambien, la alejan mas ó menos del gran teatro del mundo, y nosotros creemos que á esa distancia debe siempre conservarse, porque su bello y hermoso reinado está en el hogar doméstico, en ese espacio en que rodeada de sus hijos los prepara para la felicidad, ó para la desgracia, y derrama consuelos en

los quebrantos de la vida.

Empero ¿se educa la muger entre nosotros para el matrimonio? mejor dicho, ¿se le instruye cual corresponde para desempeñar los importantes deberes de tan importante estado? Antes de contestar estas preguntas, que envuelven precisamente particulares sobre los cuales no están aun de acuerdo los mas celosos propagadores de la educacion de la muger, decir debemos que el hogar privado en Cuba ofrece cuantas delicias pueden halagar al hombre en sus horas de silencio y recojimiento; que sea el imperio de las costumbres, sea el carácter dulce y apacible de sus hijas, sean influencias de hábitos arraigados de cariño y de ternura, que tanto dicen con la esquisita sensibilidad de la muger, ó sean otras causas en fin que no investigamos ahora, los vínculos que unen á nuestras familias, son suaves, estrechos, amorosos, inefables, como la union misma que producen en las personas que viven bajo la sombra del retiro doméstico.

Sin halagar á nadie ocultando defectos, sin herir tampoco por los que de nuestra falta de adelanto provienen, tenemos como verdad demostrada, que esos mismos frutos de que gozamos serian mas abundantes y perfectos, si los iluminara de lleno la luz benéfica de la ilustracion; y cuidado que, al enunciarlo así, no creemos por eso que estemos abismados en los horrores de la ignorancia. No, ni es un extremo en el que nos colocamos, ni aun cuando

lo fuera, nos conduciría al que totalmente se le opusiera. Nos falta instruccion; nos faltan conocimientos previos y exactos sobre nuestros deberes en tan señalado asunto; estamos atrasados, porque adelantar poco en la senda del progreso es no seguir como debemos su rápido y bienhechor impulso.

Para persuadir que apesar de esto sabemos nuestros adelantos, compárese el estado actual de nuestros colegios y academias de niñas, con el que tenían las muy pocas establecidas en años anteriores; véanse los ramos de enseñanza que hoy se adquieren con los que antes se adquirían; los conocimientos que en los de instruccion y adorno se consiguen, con los que se podían alcanzar en épocas no muy remotas. Los hechos dicen que las ventajas están por los progresos recientes; pero estos progresos son *intelectuales* en su mayor parte, y sin desconocer su inmediato y directo influjo en los *morales*, estos, sin embargo, no adelantan cual debieran.

¿Conviene instruir á la muger sobre el matrimonio en los preciosos años de su enseñanza? Hé aquí la cuestion á que antes nos referimos, y que tiene sostenedores tan decididos como encontrados. Sin profundizarla nosotros en todas sus faces, porque envuelve cabalmente un asunto social inmenso, y pide la extension que ni el periódico, ni otras atenciones nos permiten en este instante, emitiremos algunos pensamientos, que quedarán como programas, ó puntos de indicacion para su posterior y oportuno desarrollo.

Dominando aun en algunas personas la idea de que, ilustrando á la muger, se corren peligros que allá un dia la perspicacia sugirió, que el error sostuvo, que alentaron tambien las falsas doctrinas que la concibieron, y que tanto han contribuido á oscurecer y tiranizar á la dulce compañera del hombre, creen que nada deba decirse, nada enseñarse á las niñas sobre ese estado, porque se despiertan, con sobrada anticipacion, deseos que la apartan del decoro de su sexo. Este temor, á cuya sombra se esquivo la luz que debe iluminar su espíritu, y fortalecer su razon, carece de todo fundamento; porque la muger, así como el hombre, y mas que el hombre por mil circunstancias especiales que sin cesar la rodean, piensa, habla, desea, y quiere el vínculo del matrimonio, sin que para así quererlo sea necesario que se *despierten* en ella sentimientos que con ella misma nacieron.

Todas las aspiraciones de la muger, todos los triunfos de su sexo, todas las glorias que enaltecen su alma, las consideraciones todas que la sociedad le tributa y rinde, reunidas se hallan en el matrimonio, y este será siempre el objeto perenne de sus honrosas esperanzas. Constituir una familia, consagrarse á un hombre á quien se ame y que sea digno de este amor; educar con él, á su vista, á la influencia de su cariño, los tiernos renuevos de esa union; ver estos mismos renuevos los depositarios de nuestras virtudes; desarrollar los bellos instintos de su alma, los vuelos jenerosos de su inteligencia; gozarse en un hermoso porvenir considerándolos buenos, ilustrados, felices, es el colmo de las esperanzas que infundirnos puede la vida, es á cuanto puede llegar el ardiente anhelo de nuestro corazon, y á realizarlas, á comunicar y á recibir tambien esa posicion venturosa aspira y aspirará siempre la muger. Por consiguiente, díganla ó no nada sobre sus deberes en el matrimonio, en el matrimonio buscará el honroso premio á las virtudes que la adornen.

Si ese estado de la vida es tan importante, si sus deberes tan sagrados, si tan civilizadas y humanitarias sus obligaciones, ¿por qué no instruirla dándole previo conocimiento de sus deberes? ¿por qué negar á su alma la luz que habrá menester para guiar luego á sus hijos, para prodigar consuelos á su familia, para consagrarse á ella con la completa abnegacion de la que comprende, y ama y cumplir sabe sus deberes? ¿por qué condenarla á criminal abandono, á profunda oscuridad, si en ello puede abismarse el tesoro de esperanzas que agita á nuestro corazon, el porvenir hermoso que para nuestros hijos deseamos?

Larga jornada se le presenta al contraer ese enlace; precipicios tiene el camino, estorbos miles que turban, detienen ó arrebatan el aliento del viajero ¿por qué pues lanzarla á tan espinosa aunque bellísima senda, si otros ya mas espertos, mas conocedores, mas experimentados tambien, pueden guiar sus pasos y libertarla de tantos y tan frecuentes precipicios? ¿por qué negarla el auxilio de la razon, la antorcha de la enseñanza, el consuelo de la experiencia, la prevision, en fin, que la inteligencia ilustrada puede darla en la cuestion mas importante de su vida, la que afecta mas inmediatamente los grandes intereses sociales que en ella misma se aventuran, ó resuelven?

Sin descuidar la educacion *intelectual* de la muger, necesario, imprescindible, conveniente es que la educacion *moral* corresponda á aquellas: que la inteligencia y el corazon se hallen en completa armonia: que dirijamos nuestros esfuerzos á inculcar el conocimiento de los deberes que la familia y la sociedad le imponen; en una palabra: que la ilustremos, que desarrollemos las bellas cualidades de su espíritu, que la preparemos para las obligaciones importantes que en el hogar doméstico habrá mas tarde de desempeñar, y lejos de concebir temores que nos arredren, librémosla de la ignorancia, haya para ella luz y expansion, generosidad y auxilio, y sean las primeras en proporcionar ese tesoro las *madres de familia* que tanto amamos, que tanto nos interesan, y en cuyo obsequio escribimos estos rápidos renglones. (CONTINUARA.)

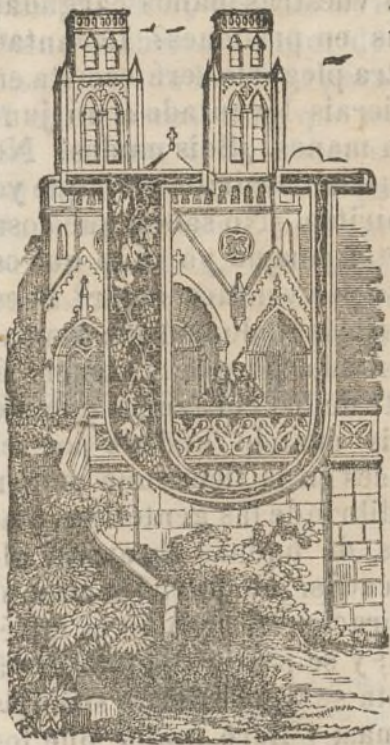
M. Costales.

A LA ESPERANZA.

Yo te ví, yo te ví, gallarda ninfa,
Cuando á orillas del lago suspiraba,
Esparcido el cabello por la linfa,
Do el aura pura del pensil jugaba.
Tierna, amorosa, te tornaste luego
En la luz celestial de una mirada,
¡Cuanto del pecho inagotable fuego
Sentí al volver de mi ilusion dorada!
Pero siempre benigna, en la ribera,
En la fuente, en la brisa y en las flores
Brindábasme el consuelo y la quimera
De los ensueños plácidos de amores.
¡Oh! tú llenaste de entusiasmo un día
Mi triste, débil, fatigada mente,
Y á la lira arrancaste una armonía
Que aun resuena en mi oído dulcemente.
Aurora apareciste magestuosa
Del sueño de la infancia á despertarme,
Sol cuya lumbre pura, esplendorosa,
Quieren las sombras del pesar robarme.

Aun tiene aliento el corazon herido,
No desfallece, no, quien de los hados
Despreció las injurias atrevido,
Viendo sus años verdes marchitados.
Tú sostienes, mi ser, ángel precioso,
Ya en la ruda tormenta ó la bonanza,
Te llamo sin cesar, te busco ansioso
Y... ¿estás perdida para mí, Esperanza?
No, que en las sombras te diviso errante
Por los céfiros mansos impelida;
No te alejes, por Dios, deja que cante
Mi postrera ilusion desvanecida.
Tú no abandonas nunca al peregrino,
Aunque lleve en la frente el desencanto
Impreso por la mano del destino,
Seca la fuente del sentir y el llanto.
Cual águila, te encumbras en el cielo,
Y nos llamas y brindas paz segura:
Donde impera la gloria está el consuelo
Y no corre de amor la fuente impura.
M. F. Trevejo.

MUERTE DEL SEÑOR MARQUES DE VALDEGAMAS.



N gran talento ha desaparecido de sobre la haz de la tierra, y nosotros creemos de nuestro deber tributarle en las columnas de EL ALMENDARES el homenaje de nuestro sentimiento y nuestra consideracion! El genio no tiene patria, pertenece al mundo, y cuando deja de ser, el mundo entero debe lamentarse de su pérdida! El Escmo. Señor Don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, Mi-

nistro plenipotenciario de S. M. la REINA DOÑA ISABEL II, cerca del Emperador de los Franceses, ha dejado de existir en lo mejor de su edad y en la plenitud de su talento, siendo generalmente sentido en Viena, donde había estado de embajador, y en Paris, donde se hallaba en la actualidad.

El señor Marqués de Valdegamas era un talento ilustre que hacía honor á la Nacion Española; sus obras han sido traducidas á todos los idiomas, mereciendo en todos las mayores alabanzas, y, entre todas aquellas, puede citarse, como una de las que mas han llamado la atencion del mundo, un elocuentísimo artículo que vamos á dar á continuacion, y del que puede decirse que difícilmente se hallaría un trozo de mas alta y evangélica elocuencia, ni en los escritores sagrados españoles, ni en los escritores sagrados de las mas ilustradas naciones europeas, porque ni Bossuet, ni aun el gran Fray Luis de Granada han dicho sobre la caridad cristiana nada mas sencillo ni mas sublime en esa misma sencillez.

Nada mas: aquí está ese magnífico escrito, casi inédito, del señor Marqués de Valdegamas:

DE LA CARIDAD CRISTIANA.

El catolicismo, escarnecido y vilipendiado hoy por no sé qué sectarios oscuros y feroces en nombre de los hambrientos, es la religion de los que padecen hambre. El catolicismo, combatido hoy en nombre de los proletarios, es la religion de los pobres y los menesterosos.

El catolicismo, combatido en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, es la religion de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humanas. El catolicismo, combatido en nombre de no sé cuál religion misericordiosa y amante, es la religion del perfecto amor y de las sublimes misericordias.

Por eso, en aquella maravillosa vision que tuvo MOISES en el Monte, como el SEÑOR bajase á él en un trono de nubes, entre las grandes perfecciones divinas que allí le fueron descubiertas, ninguna vió mayor que su misericordia, y exclamó estático, diciendo: *Dominator Domine Deus, misericors et clemens, parians et multae miserationis, ac verax, qui custodis misericordiam in millie; qui auferis iniquitatem, et scelera, atque peccata.* (Exod. C. 34.)

Por eso el Espíritu Santo dice, en el capítulo 13 de los Proverbios: *Foeneratur Domino qui miseritur pauperis et vicissitudinem suam reddet ei;* y en el capítulo 22: *qui accipit mutuum servus est foenerantis.* Por cuya palabras el mismo Dios se declara como cautivo del hombre misericordioso.

Por eso, en el Salmo 17, se llama Dios por David, *Padre de huérfanos y juez de viudas.*

Por eso, en solo el capítulo 24 del Deuteronomio, hallamos siete veces encomendado el cuidado de las viudas, de los huérfanos y de los extranjeros.

La lengua no alcanza á pronunciar, ni la pluma á escribir, ni un volumen á contener, las promesas hechas por Dios á los misericordiosos, ni las tremendas amenazas contra los avaros empedernidos. De ellas está llena la ley, y llenos los evangelistas y los profetas. De las obras de misericordia hizo Dios un arancel para dar ó negar por ellas en el día del juicio el reino de los cielos.

Si de las palabras pronunciadas por el Espíritu Santo pasamos á las que escribieron sobre esta materia los doctores de la iglesia, veremos que, todos á una, ensalzan la caridad como la mayor y mas excelente y mas perfecta de todas las virtudes.

SAN AGUSTIN, en el sermón 44 de *Tempore*, dice así: "Ninguna cosa hay mayor que el alma que tiene caridad, sino el mismo Señor que dió la caridad." Y, en el 42 de *Tempore*, se expresa en esta forma: "Ama, y haz lo que quisieres. Si callares, calla por amor, y si castigares castiga por amor, porque lo que por este amor se hace, es meritorio delante de Dios." Y en su epístola 105 contra *Pelagium*: "No la muchedumbre de los trabajos, ni la antigüe-

dad del servicio, sino la mayor caridad, hace mayor el mérito y el premio."

San Pablo, en el capítulo 13 de su primera epístola á los de Corinto, dice así: "Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, seré como un metal que suena ó como una campana que retañe: y si tuviere don de profecía, y supiere todos los misterios, y toda la ciencia, y si tuviere tan grande fé que baste para trasladar los montes de un lugar á otro, y no tuviere caridad, nada soy."

Segun *San Bernardo*, la caridad es la medida de la grandeza y de la perfeccion: de tal manera, que el que tiene mucha, es grande, y el que poca, es pequeño, y nada el que no tiene ninguna. Pasando mas allá, *San Gregorio* declara que por la caridad nos son imputables no solo los bienes que hacemos, sino tambien aquellos otros que deseamos y no podemos hacer. ¡Doctrina de grande consolacion aquella por la que se iguala la buena voluntad á la buena obra, aquella en que se da el galardón, como al trabajo, al deseo!

Los venideros no creerán que se ha levantado un día en el horizonte del mundo, en que esta religion divina, toda de misericordia y de amor, ha sido entregada á la execracion de las gentes por bárbaras y hambrientas muchedumbres, necesitadas de amor y de misericordia. Los venideros no creerán en la prodigiosa locura y en los insensatos furors de aquellos que, siendo pobres, se han levantado en tumulto contra la única religion que tiene entrañas para los menesterosos: que, estando desheredados, han puesto su boca, sus manos y sus piés en la religion santa, que les ofrece un reino por herencia: que, no teniendo padre en la tierra, se han alzado en rebeldía contra su único padre que está en los cielos, y que les dice: "¿No podeis subir hasta donde está mi gloria? Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor prodigio por vosotros, y tendré toda mi gloria en donde vosotros esteis. ¿No teneis ciencia para conocerme? Creed en mí, y tendreis mas ciencia que los que mas me conocen. ¿No teneis, ni ingenio, ni letras para convertirá mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las gentes se conviertan á mí, y yo os daré las palmas de la predicacion, y la gloria del apostolado. ¿No teneis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa: pedidme á mí que los sedientos beban, y que los hambrientos coman; y el pan que aplaque su hambre, y el agua que temple su sed, os serán imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de dolencias y de días, y os faltan las fuerzas para las buenas obras? Desead obrarlas: y tened por cierto que ya las habeis obrado. ¿Envidiais á los que hubieron la grande dicha de padecer por mí el martirio? Desead padecerle: y tened por cierto que vuestra será la gloria

de los mártires. ¿No podeis ser misericordiosos? Sed pacientes: y tened por cierto que sereis tan grandes ante mí por vuestra paciencia, como los otros por su misericordia. ¿No podeis levantar á mí vuestras manos cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz: y vuestra plegaria será escrita en el cielo como si hubierais levantado á mí juntamente la voz y las manos. ¿Sois mudos? No importa: levantad vuestro espíritu á mí, que yo oigo la voz de los espíritus. ¿No sabeis qué cosa pedirme? No importa: porque yo sé lo que os conviene. ¿No sabeis por ventura amar? Pues si sabeis amar, lo sabeis todo, porque me sabeis á mí: y lo teneis todo, porque me teneis á mí, que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordais cuando anduve por el mundo? Hubo entonces en la tierra una muger adúltera, que era ludibrio de las gentes: sus manos estaban vacías de buenas obras: su alma abrumada de pecados: no entendía cosa ni de plegarias ni de oraciones, pero yo la miré, y se enamoró de mí; y se puso calladamente á mis piés, y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas; y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino ella sola; nada me pedía sino á mí: y con esto solo su corazon contrito y humillado se vistió de resplandeciente y mas que angelica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y todos mis serafines: porque me enamoré de ella, y la hice mia, y santifiqué con mi presencia el corazon conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel santísimo ladrón en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni mas culpable ni mas menesteroso que él? Pero, al rendir su espíritu, le puso en mis manos, como yo puse el mio en manos de mi padre, y así como mi padre me recibió, yo le recibí. El Océano de su amor había pasado por la cumbre de sus culpas.

"Yo soy aquel que antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores: y que, antes de llamar á mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy aquel que, andando por el mundo, dí salud á los dolientes, lumbré á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos, envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy aquel puesto entre los pobres y los ricos, entre los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes: pasé sin decir nada junto á los ricos, sabios y arrogantes, y llamé con tierna voz y amorosa á unos pobres, ignorantes y humildes pescadores; y me hice todo suyo, y les lavé los

piés, y les dí mi cuerpo por manjar, y mi sangre por bebida: que tanta fué por ellos mi querencia.

Nada amé tanto como vuestra pobreza y vuestro amor, despues de la gloria de mi Padre. Siendo soberano señor de todas las cosas, me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. A uno de vosotros, que no á ningun príncipe del mundo, dí la gobernacion y el mando de mi Iglesia santísima: y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabia, sino lo que me amaba. No le examiné de licenciado ni de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y

tomé la de siervo. Una muger fué mi madre; un establo mi aposento: un pesebre mi cuna. Pasé mi infancia en desnudez y en obediencia: viví atribulado: comí el pan de la caridad: no tuve un dia de reposo: llenáronme de vituperios y afrentas: mis profetas me llamaron *Varon de dolores*: escogí por trono una cruz: descansé en sepulcro ageno: al entregar mi espíritu á mi padre os llamé á todos á mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved como tengo en la cruz, para recibiros á todos, entrambos brazos tendidos.

Juan Donoso Cortes.

TROPICAL.

Ven á los campos, indiana,
Que ya despierta la aurora
Y cada planta atesora
La lluvia de la mañana:
La humilde tribu africana
Se dirige á sus faenas,
Mil vistas bellas y amenas
Divisanse en lontananza,
Y está Dios y la esperanza
Entre las nubes serenas.

Deja que tu trenza hermosa,
Ebánea, fina y rizada,
Se perfume desatada
Por la brisa vagarosa:
Bajo esta palma canosa,
Que gloria del indio fué,
Y que no lejos se ve
De la cerca de piñones,
Latan nuestros corazones
Entre aromas de café.

Aquí hay dichas, mis amores,
Lagunas llenas de espumas,
Aves de pintadas plumas
Tiernas y variadas flores.
Y mitiga sus ardores
El alma sedienta y pura
Con dorada rapadura,
Con dulce caña sabrosa,
Con fresca piña aromosa,
Nacida entre la verdura.

Dale un suspiro á tu amante
Del fondo del corazon,
Y, en décimas, su ilusion,
Te demostrará constante:
Del tiple al son concertante
Te espondrá su eterna fe,
Y si la muerte se ve
Su negra espada esgrimir,
Muy poco importa morir
En un cuadro de café.

Cuando el sol estienda ardiente
Sus rayos de fuego y oro,
Sobre el plátano sonoro
Y el tamarindo crugiente,
Y la tierra enteramente
Llene de densos vapores,
De abrasantes resplandores,
Orgullosos y soberanos,
Ponte el sombrero de guano,
El de cintas de colores.

Y por el trillo y sendero,
A cuya falda está el rio,
Iremos hácia el bohío
De nuestro amigo el guardiero:
El agua de un cocotero
Tu pecho refrescará,
Y la piña te dará
Su líquido regalado,
Y yo el suspiro aromado
Que mi alma exhalará.

Oh! ven, guagira del alma,
Tú la de boca de rosa,
Que, hablando, figura hermosa
Los arrullos de la palma.
En dulce amorosa calma,
Bien lejos de la cruel ley
Que á social y rica grey
Impone el mundo enojoso,
Cantemos, mi lirio hermoso,
Las glorias del ciboney.

Deja esas glorias mentidas,
Paloma de pardos ojos,
Y esos pueriles antojos
Y esas dichas fementidas,
Corran, mi bien, nuestras vidas
Llenas de amorosa fé,
Y si la muerte se ve
Nuestra calma perseguir,
Muy poco importa morir
En un cuadro de café.

F. Pié y Faura.

UN GRAN BANQUETE EN CHINA.



HOY llama la atención en la Habana, y debe llamarla en toda la Isla, como es muy natural, cuanto tiene relación con la China, puesto que el incremento que va llevando la colonización china nos tiene á todos deseosos de saber todo lo posible de lo que á aquel grande y hasta hoy casi desconocido im-

perio toca y pertenece. Así, pues, vamos á dar en este número de EL ALMENDARES una curiosísima descripción de un gran banquete en China, hecha por un viajero inglés, habitante de Canton, y hombre de gran veracidad.—Hé aquí esa rara descripción:

Pan-ke-koua, miembro del Hong, daba á una parte de la factoría inglesa una comida, á la cual tuve la honra de asistir. Su casa me ofreció la idea mas exacta de la mansion de un chino que lo pasa bien. No era precisamente una casa, sino una fila de edificios aislados, entre los cuales había cuadros de jardín y depósitos de agua, en la cual flotaban algunos írides. Recorriendo aquel laberinto de aposentos y pasillos, atravesamos algunos arcos en forma de cruz, como los que se ven en las pinturas de la porcelana china. Llegamos por fin al comedor. Había quince convidados de nuestra nación. Tuvimos 20 entradas y un gran número de platos, pues conté hasta 60 en un servicio solo; eran unas tacitas de hermosa porcelana, colocadas en tres filas en medio de la mesa. Nos hicieron comprender que teníamos el honor de ser regalados con un estofado de huevos de paloma, un guisado de ranas, y gusanos secos, que dan al vino un excelente gusto, nadaderas de tiburón, y otras golosinas á las cuales daríamos un nombre muy diferente en Europa.

La caza, los faisanes, las perdices, trinchado todo con mucha delicadeza, era ofrecido en platillos; pero como no teníamos, en vez de cuchillos y tenedores, mas que unos palitos de marfil bruñidos y guarnecidos de plata, no sabíamos comer; hasta que descubriendo el medio de emplear nuestras armas, llegamos á tomar con los palitos los mas pequeños trozos.

La naturaleza de los manjares exige que se beba mucho sei-hing. Esta bebida es una especie de vino blanco, y se bebe en tazas; se brinda por uno tomando la taza con ambas manos, y haciendo *tchin-tchin*, es decir, permaneciendo algun tiempo enfrente del otro, moviendo la cabeza á uno y otro lado, y en seguida se bebe enseñando, al amigo el fondo de la taza para que la vea vacía. Bebimos á la salud del Emperador, del Rey de Inglaterra, de

la Compañía de las Indias, de la factoría, de nuestro digno huésped, etc.

Algunos dias despues otro mercader dió una gran comida y un espectáculo teatral. La representación se verificó en una sala inmensa ocupada por un lado con el escenario y por otro con una mesa de cien cubiertos. Pero esta vez la comida fué á la inglesa.

El espectáculo empezó cuando nos sentamos á la mesa, y duró hasta mucho despues. La introducción consistió en una bataola de timbales, campanillas, trompetas y tantanes, laudes y tambores; esta horrorosa caricatura musical era quizá obra nueva de un Rossini chino. Se presentó despues una especie de pantomima histórica, en la cual muchos reyes fueron sucesivamente colocados en el trono para ser en seguida derribados. Durante la primera hora no hubo mas que combates, en los cuales se presentaban los guerreros adornados con cintas y armados con arcos, escudos, mazas, etc. Giraban en diferentes sentidos, y blandian sus armas sin herirse los unos á los otros, yendo todos estos movimientos acompañados con la música. Esta fué seguida de una especie de farsa, cuyo fondo y caracteres eran mas comprensibles. Entre los actores había uno que escitaba los aplausos de los chinos: los papeles de mugeres eran desempeñados por eunucos. En los intermedios de esta farsa algunos saltimbanquis hicieron varios juegos, con mucha habilidad, y hubieran podido rivalizar bajo muchos conceptos con los mas diestros volatineros europeos.

Los jardines de Fati, situados en una posición deliciosa; son una de las curiosidades de aquel país. Se encuentran á veinte minutos de Canton, y son seis, colocados los unos junto á los otros; un estanque de agua ocupa el centro, y están llenos de pabellones y templos de madera. Las alamedas están guarnecidas con macetas de naranjos. Se ven tambien muchos árboles enanos; los chinos poseen el arte de hacerlos del todo semejantes á los que están en su estado natural. A veces estos arbolillos crecen sobre la cabeza de un pájaro de porcelana ó de un búfalo, etc. Cuanto mas estrambótica es la idea, tanto mas hermosa es; lo que es feo y ridículo tiene un encanto particular para los chinos, y por eso su gusto parece enteramente opuesto al de otras naciones. Su escritura, su lengua, sus costumbres son la caricatura de los demas pueblos, y su figura no es mas que la copia burlesca de las formas humanas. No solo se rien mucho, sino que tambien dan que reir, y todo cuanto he visto durante los dos meses que he pasado, ha sido para mí como la representación de una farsa; el que crea, como Demócrito, que la verdadera filosofía consiste en mofarse de las ridiculeces de los hombres, que vaya á la China para reir á sus anchas.

A NAPOLEON.

¡Gigante que luchando con el mundo
Al mundo con su planta estremeciera,
Sin que cobarde miedo le impusiera
Del cañon el estruendo furibundo:
Noble campeón, coloso sin segundo,
Aguila audaz que desde el alta esfera
El duro golpe de la parca hiciera
Descender de repente al suelo inmundo:

¡Qué voz habrá que pueda dignamente
Llorar tu muerte y publicar tu gloria,
Asombro del antiguo continente,
Página predilecta de la historia,
Si el tiempo en su carrera es impotente
Para arrancar del alma tu memoria?

Andrés Diaz.

LA FLOR DE ALMENDARES.

Hay una flor, de Almendares
Cabe la verde ribera,
Que se mece placentera
Bajo ignorados palmares
De solitaria pradera.

Flor exquisita y preciosa,
De matizados colores,
Cuya esencia voluptuosa
El alma respira ansiosa
De placeres y de amores.

Flor que es toda poesía,
Toda inocencia y candor. . .
Cuanto anhela el alma mía,
Cuanto vió mi fantasía
En sus ensueños de amor.

No la acaricia del viento
La ráfaga fugitiva,
Ni apenas oye un momento,
Entre ramages cautiva,
Del ruiseñor el acento.

No escucha el grato murmullo
De la brisa perfumada,
Ni se aduerme enamorada
Al melancólico arrullo
De la lejana cascada.

No liba la mariposa
De su córola la esencia,
Ni mano alguna afanosa
Cuida de flor tan preciosa
La solitaria existencia.

Pero, en cambio, ni una hoja
La lleva pérfido el viento,
Ni mano alguna afanosa
Cuida de flor tan preciosa
La solitaria existencia.

Por eso conserva entera
De su perfume la esencia;
Por eso guarda hechicera
Un tesoro de inocencia
Su fogosa primavera.

Por eso se mece ufana
Embriagada en su hermosura;
Por eso sueña un mañana
De regalada ventura
La solitaria cubana. . .

Por eso, tierna Corina,
Para tí son mis cantares,
Para tí, la purpurina
Flor mas bella y peregrina
Del silencioso Almendares.

Por eso ayer tu mirada
Despertó en mi corazón
Una celeste emoción. . .
En ella vi realizada
De mi niñez la ilusión!

En ella un alma encontré
Que comprendiese la mía. . .
Tras ella una fantasía
Llena de amor y de fé,
De entusiasmo y poesía.

¿Mas era aquella mirada
De amor ó de gratitud? . . .
¿Era de una alma abrasada
La espresion enamorada,
O la paz de la virtud?

Yo no lo sé, vida mía,
Pero déjame creer
Que llegó para mí el día
En que pude comprender
Lo que en tus ojos veía.

Deja que sueñe siquiera
En mi locura un momento;
Deja que acoja hechicera
Esa esperanza postrera
Que respiré con tu aliento.

Deja recuerde estasiado
Que ayer en la danza unidos,
De amor y dicha embriagado,
Pude contar los latidos
De tu albo seno torneado.

Deja recuerde, mi bien,
Que al estrechar tu nevada
Breve mano delicada,
Sentí temblaba también
Y me estrechaba agitada.

Deja gozarse á la mente
De amor en el frenesí. . .
Deja que espese vehemente
Otro amor sublime, ardiente,
Como el que siento por tí.

Mas ¡ay! ¿qué puede en su amargura impía
Ofrecerte mi triste corazón?
¿Qué puedo darte en la desdicha mía
En cambio de tu aroma, tierna flor?

Errante y fatigado peregrino
Que atraviesa del mundo el lodazal,
Sin descanso ni tregua en su camino,
Sin que sepa tal vez á donde vá,

Yo hubiera sido el borrascoso viento
Que deshojara la temprana flor,
La mariposa que por un momento
No mas libara su fugaz botón.

Adios, Corina. . . Adios, la de Almendares
Flor cuyo aroma mi delirio fué. . .
Voy á lanzarme en los revueltos mares,
Voy á dejar á la que tanto amé.

Adios, adios. . . Ignora que te adoro,
Ignora siempre que canté por tí,
Que con el alma desgarrada lloro
Dejarte cuando al fin te comprendí.

Allá en lejanos, borrascosos mares,
Cuando vaya del viento á la merced,
En forma de oraciones mis cantares
A tu imagen divina elevaré.

Tú, la estrella que fúlgida ilumina
A la nave en el piélago, serás;
Siempre tú, la esperanza peregrina,
El soplo que mi vida alentará.

Y cuando llegue mi postrer momento,
Cuando el alma se eleve al Criador,
Irá con ella hasta el supremo asiento
Pidiendo gracia mi celeste amor.

Adios, mi bien, ignora que te adoro,
Ignora siempre que por tí canté,
Que con el alma desgarrada lloro
Partir dejando la que tanto amé.

J. E. de la Cueva.

RAMILLETE.

Una de las cosas que principalmente debe ocupar vuestro *ramillete* hoy, queridísimas lectoras y amigas, ha de ser recomendaros la muy bella litografía que EL ALMENDARES querido os reparte con este número, la cual representa á la hermosa hija de Granada que hace tan poco tiempo era súbdita de la Reina de España, y que hoy es EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES, y soberana por todos títulos de las fiestas que se celebran en las Tullerías y en Saint Cloud. La Emperatriz Eugenia la ofrece hoy *El Almendares* en su elegante traje jerezano de montar, que usaba algunas veces cuando se hallaba en España, con su sombrero andaluz, sobre su arrogante caballo engalanado con granadina riqueza y gracia.—Ved, pues, queridísimas lectoras si *El Almendares* os dá siempre cuantas novedades puede.

Ya que de la Emperatriz de los franceses se trata, fuerza es que os diga y llame vuestra atención sobre el famoso *Collar-Eugenia*, que tal terremoto ha causado y está causando en la Habana, desde que anunció la *Isla de Cuba* que los había recibido de París, mandados por su dueño Don Ramon Viñas.—Todas las lindas habaneras ostentan hoy el *Collar-Eugenia* en visitas, en teatros, en bailes y paseos; es una monísima cintica de seda y oro, con un lacito delante, y del lacito cuelga una crucequilla de oro y seda, en extremo graciosa. El oro le hace brillar, y, como está en moda, no hay muchacha bonita ni en la Habana, ni en estramuros, ni en los puntos de temporada, que no aparezca hoy engalanada la linda garganta con el favorito *Collar-Eugenia*, de tan elevado origen.—La buena sociedad habanera es siempre un verdadero reflejo de la de París.

De teatros, la novedad es la representación de la zarzuela nueva, en tres actos, titulada *El valle de Andorra*, que se ha puesto en escena en el gran teatro de Tacon el sábado y el domingo, con extraordinario éxito. Además, se espera pronto la representación de la bella ópera *Norma*, por la sección de música del Liceo, destinándose su producto á beneficio de los desgraciados de Galicia, y después, á fines del presente Julio, la aparición de otra zarzuela nueva, titulada *El dominó azul*, libreto del Señor Camprodon y música del Señor Arrieta, que llega á nosotros precedida de una verdadera celebridad.

Las corridas de toros en las plazas de Belascoain y de Regla se combaten unas á otras, pero siempre es preferida por el público la

plaza de la Habana, por nueva, por linda, por fresca y por infinitamente mejor servida. Todas las tardes de corrida hay una concurrencia inmensa, que siempre sale alegre y satisfecha.

Las tan esperadas *Carreras de caballos* en el Campo de Marte, dadas por la sección de agricultura de la Real Sociedad Económica, han debido comenzar ya el domingo, para cuando estaba anunciada la primera. El *embullo* es general: las señoras, como los caballeros, asistirán á presenciarlas cuantas tardes se ofrezcan, y se confía en que los resultados serán en extremo satisfactorios.

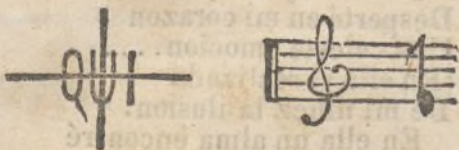
Os voy á dar una noticia, queridísimas lectoras, que muchas de vosotras vais á dudar, pero que no por eso será menos cierta, y es que ya comienzan á efectuarse los casamientos, aun hallándonos en el corazón del verano, á mediados del mes de julio; se acaba de casar una hermosa y delicada jóven, que toca admirablemente el piano, con un jóven apreciable, filarmónico también, y cuyo delirante amor por la que ya hoy es su esposa adorada le había hecho olvidar completamente su antigua pasión por la música.—Se han casado también una preciosa y linda enamorada con su adorado y dulce poeta, tanto tiempo ausente de ella; se ván á casar.... Pero hagamos punto por hoy, queridísimas lectoras, porque aun no es tiempo de deciros todo lo que sabe vuestro tierno amigo y constante cronista.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DE LA ENTREGA NOVENA.

Gustosa me aconsejaba
Mi abuela mientras vivía,
Y sin cesar me decía:
"Quién mal anda, mal acaba."

GUARINA.

GEROGLIFICO.



RA—B

IMPRESA DE ANTONIO MARIA DAVILA.

El Almendares.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Lit de Urb V Cuesta O'Reilly n.º 8.

EXPERIMENTOS MACNETICOS SOBRE LAS MESAS,
SOMBREROS, PALANGANAS Y OTROS OBJETOS